

España, refugio para los aliados del Eje y destino de anticomunistas (1939-1956)

Matilde Eiroa San Francisco

Universidad Carlos III de Madrid

Resumen: La historia social, la historia política y la historia de las relaciones internacionales confluyen, entre otros, en un ámbito, el de los movimientos migratorios de carácter político, los exiliados y sus destinos, aspectos que desempeñan un papel primordial entre las fuerzas que configuran la política exterior de los Estados. El fenómeno está articulado en torno a un conjunto de correspondencias que giran fundamentalmente sobre tres cuestiones: el influjo de las relaciones internacionales en la conformación de la migración internacional; la instrumentalización de las migraciones para los fines de las políticas exteriores nacionales, y, finalmente, la inevitable proyección de las políticas nacionales en la dimensión internacional de los Estados. Las páginas que siguen analizarán estos tres paradigmas aplicados en un tramo cronológico de nuestra historia reciente, 1939-1956, y en una de las columnas sustentadoras del Régimen, el anticomunismo. Nuestro propósito es, pues, el de examinar las causas y las consecuencias de la presencia en España de exiliados anticomunistas procedentes de la Europa Central y Oriental así como la manipulación de la misma para los objetivos de la dimensión exterior del Estado franquista.

Palabras clave: franquismo, exiliados, europeos centro-orientales, Guerra Fría, refugiados.

Abstract: Social History, Political History and History of International Relations meet, in an area of political migratory movements, one of the exiles and their destinations. That plays a central role in the forces that shape state foreign policy. The phenomenon is based on a group of relationships determined by three fundamental issues: the influence of international relations in the development of international migration; the use of

migration to satisfy aims of national foreign policy, and, finally, the inevitable projection of national policies into the international sphere of the countries. The following pages will study these three questions in a chronological sequence of our recent history, 1939-1956. Also, we will examine the anti-communism, one of the central pillars of the Regimen. Our aim, then, is to examine the origin and the consequences of the presence of anti-communists exiles in Spain, coming from the East and Centre Europe as well as the manipulation of this situation in order to achieve the external objectives of the State.

Key words: Franquism, Exiles, Central-East European, Cold War, Refugees.

El influjo de las relaciones internacionales en la conformación de la migración hacia España

Las alianzas exteriores del *Nuevo Estado* franquista se asentaron, desde sus inicios, en el consorcio del Eje, que incluía no sólo a Italia y Japón, sino a un amplio conjunto de naciones de Europa Central y Oriental con quienes el Tercer Reich había pactado acuerdos de carácter económico o político destinados a movilizar una economía de guerra. A finales de 1930, la mitad del Viejo Continente contaba con gobiernos dictatoriales o monarca-fascismos, enlazados a través de las armas alemanas que dominaban el continente europeo. Esta amplia región realizó ejercicios de aproximación con la finalidad de unir fuerzas y políticas, en definitiva, alcanzar pactos de distinto carácter que prepararan el escenario del *Nuevo Orden Europeo* bajo el imperio nazi.

Las relaciones de España con los países centro-orientales se desarrollaron en torno al hilo conductor del acercamiento político y los intercambios comerciales hasta 1943, fecha en que la victoria segura del Eje comenzó a cuestionarse. A partir de estos momentos vendrían los distanciamientos y cierta complejidad para mantener los intercambios ya acordados en el marco de una Europa que iba siendo liberada, poco a poco, por los aliados. Sin embargo, en todo el periodo inicial de la guerra, las relaciones del general Franco con los dirigentes de la Europa dictatorial fueron ajustándose según una profunda compenetración ideológica inspirada en el fascismo, el radical anticomunismo y, en algunos casos, en la tradición católica. Éste fue el caso del acercamiento a Eslovaquia y a su jefe de Estado, monseñor Tisso,

país soberano tras la disolución de Checoslovaquia en el Protectorado de Bohemia y Moravia —bajo tutela alemana— y Eslovaquia. En cierto modo, estos dos factores —anticomunismo y catolicismo— fueron los principales impulsores de los fructíferos contactos con Polonia, desde que en la temprana fecha de 1937 se fijaron acuerdos de importación/exportación que beneficiaban a ambas partes.

Con Hungría, en cambio, predominaba la afinidad política sobre la espiritual. La admiración del regente Horthy hacia el general Franco se manifestó en una gran actividad diplomática encaminada a alcanzar acuerdos, aunque la amistad Franco-Horthy desapareció con la llegada del Partido de la Voluntad Nacional (o Movimiento Hungarista o la Cruz y la Flecha, nombre alusivo al emblema del Partido) con Ferenc Szalazy al frente¹. Una proximidad ideológica similar fue la entablada entre España y Rumania, país que experimentó un proceso de fascistización materializada en la conversión del general Antonescu en *conducator* y la presencia en el poder de los legionarios de la Guardia de Hierro con Horia Shima a su frente. El modelo rumano de Estado gozaba de las simpatías de las autoridades franquistas, quienes habían expresado públicamente su afección al gobierno. Sin embargo, la ocupación soviética a finales de 1944 dejó suspendidos estos vínculos.

Un caso especial fue Yugoslavia. El gobierno español había reconocido al nuevo Estado independiente de Croacia en abril de 1941, de igual modo que lo había hecho Alemania y el resto de sus Estados satélites. Los dirigentes croatas se aprestaron a desplegar un número importante de actividades de relaciones públicas en distintas naciones, entre las que se incluyó España. Pero el curso de la Guerra Mundial no permitió grandes logros en esta materia y la existencia de una Croacia soberana fue apenas perceptible en los foros internacionales.

Todas estas conexiones habían contribuido a un conocimiento mutuo y al tejido de interrelaciones, especialmente de grupos sociales afines a la ideología ultraconservadora, católica y anticomunista.

¹ HARSANYI, I.: «Acontecimientos de Hungría en 1943-1944 reflejados en el espejo de actas diplomáticas españolas», *Századok (Siglos)*, 3 (1995), pp. 629-694. Del mismo autor, «Tentativa de los cruzflechistas de hacer reconocerse por España», *Hadtudományi Tájékoztató (Informaciones de Ciencia Militar)*, 8 (1994), pp. 97-105; «El gobierno de los cruzflechistas húngaros y la diplomacia española en 1944. Las "Actas Hollán"», *Acta Scientiarum Socialium (Historia, Filosofía, Sociología)*, núm. 3, Kaposvár, Universitas Pannonica Scientiarum Agriculturae, 1998, pp. 27-38.

También los grupos de tendencia más liberal conocieron el país, aunque gran parte de ellos lo hicieron desde la perspectiva de su retención en el denominado Depósito de Concentración de Miranda de Ebro. En Miranda se encontraron, entre 1940 y 1947, unos 15.000 individuos distribuidos en unas 60 nacionalidades, de los cuales eran, aproximadamente, unos 1.250 polacos, 117 checos, 48 húngaros, 20 búlgaros, 25 rumanos y 73 yugoslavos². El perfil de estos retenidos era muy variado: desde brigadistas de la Guerra Civil a unidades militares, judíos y otro tipo de personal desvinculado de cualquier posición ideológica. No eran personas significadas en la izquierda política; nunca hubieran elegido España ni siquiera como país de tránsito por el miedo a ser deportados o devueltos a los nazis. Sin embargo, sí hubo algunos disidentes culturales, artistas, escritores, periodistas, altas jerarquías de los ejércitos, en su mayoría personajes anónimos no reclamados por las autoridades alemanas.

Todos los colectivos que visitaron España durante los años de la Segunda Guerra Mundial se apercibieron rápidamente de dos circunstancias: la primera, la constatación de la penuria alimenticia, la escasez de ofertas laborales y la represión, vigilancia y control al que estaban sometidos los españoles; la segunda, la comprobación de que esta presión no era ejercida sobre los extranjeros, salvo en determinados aspectos relacionados con el mantenimiento de actividades poco transparentes. La constatación de este último factor animó a ciertos núcleos a asentarse en las principales capitales españolas alrededor de las embajadas y consulados, y al calor de ciertos negocios típicos de la posguerra.

Podemos determinar, pues, un primer momento (1943-1945) en el que llegaron personalidades identificadas con la ultraderecha fascista, como los legionarios de la Guardia Rumana de Hierro, los croatas ustacha o los cruzflechistas húngaros que sumaban un colectivo de alrededor de 700 personas. Los cruzflechistas, especialmente, anda-

² EIROA, M.: «Refugiados extranjeros en España: el campo de concentración de Miranda de Ebro», *Ayer*, 57 (2005), pp. 125-152. FERNÁNDEZ LÓPEZ, J. A.: *Historia del campo de concentración de Miranda de Ebro, 1940-1947*, Miranda de Ebro, S/R, 2003. RAFANEAU-BOJ, M. C.: *Odyssée pour la liberté. Les camps de prisonniers espagnols 1939-1945*, París, Denoël, 1993. RODRIGO, J.: *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Barcelona, Crítica, 2005. SANDHAL, P.: *Miranda ou l'évasion par l'Espagne*, La Jeune Parque, 1945. TEMMERMAN, J.: «Prisons d'Espagne», *Revue Historique*, III, 30 (1990).

ban libremente por España con un buen nivel de vida, embarcados en la venta de los bienes de la Legación de Hungría, estableciendo fábricas y empresas bajo apellidos de hombres de paja falangistas, aunque por lo general, pasado un tiempo, tendían a marcharse hacia América Latina.

La llegada de estos primeros refugiados apenas fue publicitada por el gobierno español, puesto que constituir uno de los principales centros del refugio nazi y ultraderechista no era una buena carta de presentación ante la alta diplomacia de Yalta y Potsdam³. Sin embargo, la afinidad ideológica de estos grupos con el gobierno de Franco y la cobertura de la Iglesia católica, coadyuvaron a la ocultación y asentamiento de decenas de personas de estas características en diversas ciudades españolas e incluso en el campo de Miranda de Ebro, donde fueron a guarecerse nazis y fascistas llegados desde 1944, después de las derrotas sufridas ante las democracias.

España y los antiguos aliados del Eje habían roto relaciones diplomáticas desde que el Ejército Rojo ocupó sus territorios a partir de 1943-1944. Las amistades fraguadas durante la época de esplendor nazi quedaron anuladas de inmediato con la retirada de los representantes diplomáticos y la cancelación de los acuerdos culminados en los años precedentes. Sin embargo, la ruptura no fue óbice para que las clases medias y medias-altas olvidaran a la España vencedora de la Guerra Civil, con la que tantas especulaciones sobre el hipotético futuro común habían conjeturado. Las causas que les impulsaron a pronunciarse por España estribaban, básicamente, en los siguientes principios. El primero, de tipo político, se sustentaba en el grado de afinidad ideológica con el anticomunismo franquista y su planteamiento de sociedad jerarquizada, disciplinada, «desactivada» para la movilización política. El segundo radicaba en las facilidades concedidas a extranjeros de perfil claramente anticomunista y/o católico, para la obtención de residencia, lugar de trabajo o estudio y cierta libertad de acción —aquella que no se concedía a los españoles—. En definitiva, España se presentaba como una residencia aceptable, concebida para un tiempo corto, en donde se les ofrecía orden, protección, cierta ayuda económica, permiso para aso-

³ Véanse COLLADO, C.: *España, refugio nazi*, Madrid, Temas de Hoy, 2005, e IRUJO, J. M.: *La lista negra. Los espías nazis protegidos por Franco y la Iglesia*, Madrid, Aguilar, 2003.

ciarse e incluso la posibilidad de expresarse a través de medios de comunicación.

Cuando en mayo de 1945 se conoció la noticia de la rendición oficial del ejército alemán, Franco ya tenía preparado un modelo y una argumentación que pretendía distraer la atención de los aliados con respecto a su anterior posicionamiento al lado del Eje. A partir de esos momentos, se presentaría con un ropaje ultracatólico y profundamente anticomunista, alejado de iniciativas bélicas e imperialistas. Mientras tanto, las potencias vencedoras diseñaban el reparto de Europa alrededor de dos grandes ejes: el bloque occidental bajo dominio norteamericano y el bloque oriental custodiado por Stalin. Los dirigentes de Estados Unidos y Gran Bretaña conocían las intenciones del dirigente soviético con respecto al futuro de sus nuevos territorios vasallos, sobre todo porque él nunca había ocultado sus intenciones de imponer su sistema social allá donde hubieran llegado sus ejércitos⁴. Sin embargo, aceptaron este planteamiento por el temor al estallido de un nuevo conflicto y, en cierta manera, en cuanto que en la zona occidental se estaba realizando una acción análoga, aunque en su caso se trataba de un sistema basado en la democracia parlamentaria. Esta aceptación del reparto y de la «satelización» fue la base sobre la que basculó la formación del Telón de Acero a partir de 1946-1947.

El mosaico migratorio centroeuropeo y su instrumentalización para los fines de la política exterior franquista

El proceso de estalinización de Europa Central y Oriental se realizó paulatinamente y su punto de partida será la conferencia de la Kominform celebrada en septiembre de 1947 en Polonia. En dicha conferencia se sentaron los fundamentos de la coordinación de las acciones que se realizarían en los países de la esfera soviética, entre las que se encontraban el desarrollo de la construcción del socialismo, la prioridad de la industrialización y la colectivización de la agricultura, el mantenimiento de las posiciones comunistas en el poder y la superación de los restos de la ideología burguesa. Éstas eran las pautas que habían de ser ejecutadas en todas las *democracias populares* próximas

⁴ MILOVAN, G.: *Conversazioni con Stalin*, Milán, Feltrinelli, 1962.

al modelo de socialismo soviético y cuya aplicación se concretó en los siguientes aspectos. En primer lugar, la fusión de los partidos «reformistas» —socialistas o socialdemócratas— con los «revolucionarios» —comunistas— en partidos únicos de la clase obrera unidos sobre la base del marxismo-leninismo. El modelo político-organizativo sería el del Partido Comunista ruso y, derivado de éste, el desmantelamiento del resto de las organizaciones políticas. El segundo aspecto giraría en torno a la nacionalización de la mediana y gran propiedad y la reorganización de la pequeña propiedad, sometidas desde esos momentos a la gran apuesta del Estado a favor de la colectivización. Finalmente, la introducción de métodos represivos y de terror para el control de las masas a través de las purgas, los encarcelamientos, las deportaciones y de la implantación de un sistema de dominio social exhaustivo. Éstos fueron los atributos particulares de la estalinización llevada a cabo entre 1947 y 1955 con total éxito en el bloque comunista, victorioso en su imposición del totalitarismo de izquierdas.

La aplicación práctica de los principios estalinistas afectó a la sociedad en su conjunto. Hubo, no obstante, algunos grupos sociales que no estaban dispuestos a aceptar las condiciones socioeconómicas de los nuevos gobiernos y, al contrario, éstos no aceptaban la presencia de determinados grupos sociales bajo su jurisdicción. Nos referimos a un extenso colectivo de muy heterogéneo posicionamiento político cuya única opción fue la del exilio. Los destinos preferidos por estos refugiados que se enfrentaban a una estancia indefinida fueron Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá, países que ofrecían mejores perspectivas económicas, mayores posibilidades de actuación política y apoyo gubernamental para sus actividades anticomunistas —especialmente en Estados Unidos—. En el territorio continental, los países escogidos serían la República Federal de Alemania, Italia, Francia..., aunque algunos eligieron un país singular en el mapa de la Guerra Fría, España.

A partir de 1946 podemos considerar que se inicia una segunda fase en la llegada de exiliados cuyo final tendría como fecha 1956, después de las primeras revueltas de los países del Telón de Acero, ocurridas en Hungría y Polonia. Esta nueva coyuntura correspondería al perfil del exiliado eminentemente anticomunista, perteneciente a un amplio abanico social que incluiría desde la aristocracia a pequeños burgueses, que por distintas razones consideraron que España sería un lugar aceptable para establecer su nuevo domicilio.

Si, en líneas generales, los exiliados encontraron ciertos beneficios a su llegada, el gobierno franquista también halló réditos en esta acogida selectiva. Por un lado, lograba atraer a la alta sociedad centro-oriental, a la que utilizó como enlace con sus homónimos europeos hacia quienes enviaba mensajes positivos de la hospitalidad y las razonables condiciones de vida en comparación con las de los países estalinizados. Por otro lado, la acogida de refugiados anticomunistas era un gesto significativo de su posición como país católico contrario al sovietismo, en coherencia con el planteamiento propugnado desde los tiempos de las conferencias de paz de la Segunda Guerra Mundial. El gobierno español, además, no transgredía las decisiones del bloque occidental ni diseñaba líneas originales de actuación con la admisión de exiliados, más bien secundaba las políticas británica y norteamericana, administraciones que se mostraron muy generosas ofreciendo cobijo, apoyos económicos y facilidades para la expresión y la asociación.

Entre los nuevos residentes que decidieron asentarse en la España franquista hemos de señalar a los húngaros, búlgaros, rumanos, checoslovacos y polacos. En el decenio 1945-1956, los más numerosos fueron los originarios de Hungría y Rumania, con una representación media de 425 personas; Yugoslavia, con unos 110, y Bulgaria, con unas 60 personas. Checoslovacos y polacos tuvieron una presencia mínima hasta 1955, en que Polonia comenzó a destacar en el número de residentes por encima de Hungría. La mayoría se estableció en Barcelona y Madrid, ciudades que ofrecían mayores posibilidades de desarrollo profesional⁵. Cuando en 1950-1951 se creó la Oficina del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), la situación para ellos mejoró como consecuencia de que muchos pudieron acogerse al nuevo estatus de refugiado, con derecho a protección y a asistencia internacional. Lo cierto es que en estos años su número crecía, y en 1950 la Oficina calculaba alrededor de 1.000 a 1.500 personas que se evadían mensualmente del Este al Oeste; muy pocas, no obstante, optaban por España.

⁵ Datos oficiales del Anuario Oficial de Estadística, 1946-1956. Instituto Nacional de Estadística. Estas cifras no recogen la totalidad de los refugiados, a veces inscritos sólo en los consulados o en sus representaciones oficiosas. Resulta imposible cuantificar con exactitud su número, aunque pensamos que no sería muy superior a la que marcan las cifras oficiales.

En ningún caso, fueron colonias nutridas, pero desarrollaron una gran actividad social en proporción al reducido número de sus integrantes, y algunos de sus miembros formaron parte de la larga corte de aristócratas que participaban con asiduidad en los actos sociales y políticos que organizaba El Pardo. No obstante, entre los exiliados hemos de distinguir claramente entre la posición privilegiada de los representantes de las clases altas y casas reales destronadas del resto de los residentes, menos integrados y escasamente conocidos en los círculos de poder. Estos últimos se hallaban envueltos en la búsqueda de trabajo y en superar las dificultades propias del asentamiento, rodeados en no pocas ocasiones por intrigas, desconfianzas y enfrentamientos surgidos con otros compatriotas, todos herederos de las divergencias políticas nacidas en sus lugares de origen.

Las múltiples afinidades existentes entre las distintas colonias de exiliados no pueden hacernos perder de vista la perspectiva de su diversidad ideológica y social, así como la disparidad de actitudes que despertaron en el seno del gobierno franquista. Habría una primera categoría integrada por nacionalidades de mayor número de miembros y de gran rentabilidad para anfitriones y huéspedes, que correspondería a la elite húngara y búlgara así como los grupos de jóvenes católicos pertenecientes a *Pax Romana*. Mientras que una segunda categoría, de menor instrumentalización mutua, agruparía a los colectivos rumanos, polacos y checoslovacos. A continuación desarrollaremos someramente esta clasificación.

Los refugiados y la aristocracia húngara

Entre las nacionalidades tipificadas en la primera categoría, figuran los húngaros, de antecedentes políticos y composición social bastante heterogénea. En realidad, se trataba de un cuadro representativo de la situación internacional y de las intenciones de la España de Franco sobre la aceptación de extranjeros, puesto que entre ellos figuraban personajes residuales de la Hungría de Horthy, agentes y colaboracionistas de la Alemania nacional-socialista, hombres de negocios poco lícitos, oportunistas, aventureros y, una minoría obvia de demócratas, entre los que se encontraban algunos huidos de la Francia de Vichy. Estos últimos fueron los promotores de una iniciativa dirigida a la creación de una agrupación húngara democrática,

imposible de constituir debido a la denuncia de la que fue objeto por parte de sus propios compatriotas a las autoridades españolas. Los protagonistas, György Kibédy y György Radovics se libraron de ser detenidos gracias a las buenas relaciones con los círculos católicos, pero la desconfianza en el seno de la colonia ya se había producido⁶.

En cuanto a los componentes de la aristocracia húngara, destaca la presencia de la familia heredera de la corona del antiguo Imperio Austro-Húngaro. El archiduque Otto había residido entre 1940 y 1944 en distintas capitales europeas y en Washington, desde donde retornó a París y después a Madrid, cercano ya al final de la Guerra Mundial. Alrededor de veinte años permaneció en la capital, muy próximo al Caudillo, hasta que a mitad de la década de 1960 decidió volver a Austria. En un principio actuó como intermediario entre el gobierno francés y el español para mejorar las relaciones entre ambos, bastante deterioradas desde que Francia había cerrado las fronteras en 1948.

El ministro Alberto Martín Artajo fue uno de los grandes valedores de Otto, al que le unía su condición de católico practicante. Un acontecimiento clave fue el XXV Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Barcelona en 1952, que congregó a numerosos dirigentes de todo el mundo y supuso un punto de inflexión en las relaciones entre las autoridades españolas, Franco y el archiduque. En Barcelona comparecieron importantes personalidades del catolicismo europeo y español, como el entonces embajador en el Vaticano, Fernando María Castiella, y el fundador del Instituto de Cultura Hispánica,

⁶ En el verano de 1945 llegaron a España György Kibédy y György Radovics oficialmente encargados de la organización húngara *Pax Romana*, aunque en realidad eran delegados del Frente de Independencia Nacional Húngaro, impregnados del espíritu de la nueva Hungría democrática. Fueron nombrados para cargos directivos de una asociación de socorro —Asociación Benéfica pro Expatriados Húngaros—, nacida en octubre de 1945 con el objetivo de ayudar a los que se hallaban en el extranjero, especialmente a los refugiados en Austria o Alemania. Lo cierto es que, con la excusa de recaudar dinero para los expatriados, organizaban reuniones con fines políticos que los diplomáticos españoles empezaron a considerar molestas. Ambos delegados difundían un boletín, bloqueado por otros representantes de la colonia húngara en Madrid y denunciado ante las autoridades españolas. El director general de Seguridad, Francisco Rodríguez, les había sometido a vigilancia y fueron invitados a salir de España. Véase el *Informe* de László András e István Weil, *Spanyolország (España) 1945-1964. XIX-J-1-j, 20/f. ö. e. 1946*, Archivo Nacional Húngaro. Agradezco al profesor Harsányi esta información. Igualmente, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE): R-2302-14. Información reservada sobre Hungría, 1946.

Alfredo Sánchez Bella, quienes estuvieron vinculados al heredero húngaro para siempre. En este entorno se fundó el Centro Europeo de Documentación e Información (CEDI), con el objetivo de movilizar a las fuerzas cristianas europeas y de encontrar aliados que creyeran en los mismos principios que Franco y Otto: el anticomunismo y el catolicismo. El CEDI funcionaría como una plataforma intelectual desde la que defender las ideas de una Europa cristiana, en la que España tendría un papel relevante, y como canal para que las puertas de Occidente se abrieran⁷. La dependencia del Ministerio de Asuntos Exteriores dio mayor notabilidad a esta institución cuyo origen era, a su vez, causa y consecuencia de la estrecha conexión entre los católicos de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP) y el propio ministerio, dirigido en esos momentos por una importante representación del catolicismo político.

El CEDI nació en septiembre de 1953, el año de los convenios con el Vaticano y Estados Unidos, estableció su centro en El Escorial y logró atraer a Madrid a numerosos políticos de la democracia cristiana europea⁸. Entre sus actividades de propaganda, figura la elaboración de un boletín de noticias cuya información basculaba entre la infiltración comunista en los distintos países europeos o los ideales paneuropeístas. En 1958, Otto de Habsburgo, como director del CEDI, reformuló los objetivos del Centro hacia el acercamiento a la Europa Occidental y la integración de España en las incipientes comunidades europeas, coincidiendo con la firma de los Tratados de Roma, y en lógica concordancia con otras medidas que se estaban adoptando en España, como el Plan de Estabilización, cuyo propósito era el de abrir las puertas de la economía a Occidente⁹. Abogó desde el principio a favor de la incorporación de la Península Ibérica al naciente bloque y por la liberación de los pueblos oprimidos, los de detrás del Telón de Acero. A lo largo de la década de 1960 las reuniones de El Escorial contaron con las figuras más relevantes del pensamiento conservador europeo, algunas de ellas recibidas en audiencia por Franco para departir sobre cuestiones políticas y económicas.

⁷ PÉREZ MAURA, R.: *Del Imperio a la Unión Europea. La buella de Otto de Habsburgo en el siglo XX*, Madrid, Rialp, 1997.

⁸ Un documento sobre el Centro, CEDI, *20 años CEDI*, Madrid, Editora Nacional, 1971.

⁹ Un ensayo sobre sus ideas acerca de Europa, en HABSBERGO, O.: *Europa en la encrucijada*, Madrid, Editora Nacional, 1954.

Otto de Habsburgo combinó hábilmente los contactos internacionales con los de la España franquista. Fruto de esta intensa actividad pública y de sus aspiraciones políticas, hemos de subrayar su tendencia a anotar los contenidos de las conversaciones, a escribir sobre sus percepciones, sus escuchas, sus observaciones y los distintos análisis internacionales que tenía la oportunidad de compartir. Estas anotaciones, informes o simples resúmenes solían llevar la rúbrica «muy confidencial» y eran entregados a Franco para su uso particular. En este sentido, fue el personaje con más ascendiente político sobre el Caudillo, quien le escuchaba con atención, glosaba la información que le proporcionaba y la asumía como propia. Los contenidos de los escritos abarcaban cuestiones de política internacional de distinto cariz que podríamos agrupar en torno a cuatro temas: el comunismo, la evolución de las democracias occidentales, el Próximo Oriente, región de gran relevancia para la política exterior de Franco volcada en gran medida en los contactos con el mundo árabe, y Estados Unidos, aval principal del régimen ante el mundo. Franco otorgaba una gran credibilidad a la información que su amigo le proporcionaba y la utilizaba para beneficio propio y de su gobierno¹⁰.

La revuelta de Hungría, en octubre de 1956, fue bien conocida en El Pardo. Los informes exhaustivos de Otto daban cuenta de los acontecimientos que se iban sucediendo en Budapest como consecuencia de la invasión de los tanques soviéticos y de la resistencia de la población contra esta invasión. El Archiduque convenció a Franco para que realizara una protesta oficial en Naciones Unidas a través de la Delegación española, quien había recibido instrucciones precisas sobre las medidas que debían ser adoptadas en relación con la retirada de las tropas soviéticas. España estaba dispuesta a colaborar en el envío de un cuerpo expedicionario internacional, si así se decidía en el seno de la organización. Sin embargo, los conflictos en el canal de Suez desviaron la atención internacional hacia aquella zona y la intervención en Hungría quedó suspendida¹¹.

¹⁰ Archivo Fundación Nacional Francisco Franco (AFNFF): Documentos 22597, 16597, 1042, 16354, 16596, 21913, 22491, 2198, 1043 y 23899, entre otros.

¹¹ FERRERO BLANCO, M. D.: *La revolución húngara de 1956. El despertar democrático de Europa del Este*, Huelva, Universidad de Huelva, 2002. De la misma autora, «Franco y la Revolución Húngara de 1956: la contribución de España en la resistencia frente a la URSS», *Papeles del Este*, 7 (2003). SUÁREZ, L.: *Franco. Crónica de un tiempo. Proyectos para una doble estabilización. Desde 1953 hasta 1961*, Madrid, Actas,

Tras los sucesos de octubre de 1956 en Budapest, una segunda oleada de emigrantes fue transportada a España, en virtud de la invitación del gobierno a cuantas personas lo necesitaran. Su número fluctúa de 5.000 a 7.000¹², una minoría de emigración de élite, de un alto nivel formativo y con una importante contribución a la literatura, la fotografía, el teatro y el deporte.

En el decenio de 1960 Otto de Habsburgo seguía manteniendo contactos con el Jefe de Estado español, pero poco a poco se espaciaron, al tiempo que el Archiduque se distanciaba de las posiciones anacrónicas que mantenía su antiguo amigo. Sus relaciones eran ahora muy diferentes de las entabladas en la década de 1950, tiempos de gran amistad y cercanía, de asesoramiento y de atenta escucha a los mensajes confidenciales del heredero húngaro, cuya proximidad al Caudillo había hecho pensar sobre la posibilidad de nombrarle heredero a la corona española.

La elite búlgara

En cuanto a la colonia búlgara, otra de las incluidas en la primera categoría, quedó reducida al mínimo cuando ocurrió la ruptura de relaciones diplomáticas en 1946. Casi todos los miembros del cuerpo diplomático obedecieron las órdenes de retorno, mientras que aproximadamente una docena de personas optaron por quedarse en Madrid para dedicarse al comercio, a los estudios, a actividades industriales o simplemente para salvar sus vidas de una muerte segura¹³. La colonia, pues, constaba de escasos integrantes, la mayoría residentes en Barcelona, muy apartados de la vida política y social, volcados hacia actividades de carácter económico y en una situación

2003, pp. 207-217. MARTÍN DE LA GUARDIA, R.; PÉREZ SÁNCHEZ, G., y SZILAGY, I.: *La batalla de Budapest: historia de la insurrección húngara de 1956*, Madrid, Actas, 2006.

¹² Se calcula que el número total de desplazados por los sucesos de octubre de 1956 asciende a unos 200.000. Los datos sobre España, en ANDERLE, A., y PETHO, S.: «Húngaros en España, españoles en Hungría. Balance historiográfico, estado de las investigaciones», *Lamusa digital*, 6, <http://www.uclm.es/lamusa/index.asp?lengua=es>. Asimismo, ACNUR: *La situación de los refugiados en el mundo. 50 años de acción humanitaria*, Barcelona, Icaria, 2000, pp. 15-38.

¹³ DRAGANOV, D.: «Desplazamientos políticos entre España y Europa Centro-Oriental (1939-1989). El caso búlgaro», *Lamusa digital*, 6.

de cierto desamparo por parte del gobierno español, quien protegía a los colectivos católicos y anticomunistas, condiciones que no se ajustaban exactamente a la corta representación búlgara.

No obstante, la familia del rey Boris III, muerto en agosto de 1943 en extrañas circunstancias, tuvo una presencia destacada en la España franquista. Una vez que en Bulgaria se estableció la República como forma de Estado, los miembros de la familia real contaron con autorización para abandonar el país y se establecieron en Egipto, donde el rey Faruq les acogió como soberanos ilustres. En un marco de ofrecimiento de asilo a numerosas familias reales, dispuesto con el propósito de demostrar el carácter tolerante del régimen y las intenciones futuras de restaurar la monarquía, tuvo lugar la invitación oficial a la reina madre Giovanna y sus hijos para que se instalaran en Madrid. La familia recibió toda clase de facilidades, como correspondía a su estatus de «huéspedes del gobierno español».

La personalidad más conocida era Simeón. El joven rey tuvo una vida social muy intensa en el Madrid de la posguerra y del desarrollismo de la década de 1960, dedicada en gran parte al ocio y a las relaciones públicas, no exenta de un fin político, el de aunar a la emigración bajo su dirección. Sus deseos se vieron frustrados por múltiples razones, entre las que destacaremos su entorno excesivamente volcado a actividades sociales en los años de su formación o la gran complejidad de unificar al colectivo búlgaro, plagado de profundas desavenencias entre monárquicos y republicanos, fascistas y agraristas. La imposibilidad de articular un acuerdo de mínimos entre los exiliados inmovilizó las iniciativas planteadas para organizar una representación en el exterior, a modo de un gobierno en el exilio, e incluso la formación de un gobierno provisional, propuesta incipiente de finales de los años cincuenta. Simeón moderó sus impulsos políticos, decepcionado ante una emigración que no era capaz de unirse en torno a la idea común de la defensa de la patria sojuzgada por el comunismo.

Pero no solamente fueron los temas de la división de opiniones. La frustración de Simeón como político anticomunista activo fue provocada también por la actitud de Franco, reacio a este tipo de iniciativas. El heredero búlgaro planteó al menos en dos ocasiones una propuesta de intervención en política. La primera, en 1956, con motivo de la revolución húngara de octubre, en la que planteaba fomentar en

Sofía una insurrección similar a la de Budapest. La segunda, en 1963, en la que intentó la formación de un gobierno en el exilio, en plena etapa de expansión de la Unión Europea y de crecimiento económico español derivado del Plan de Estabilización de 1959¹⁴. En 1956 Franco no le recibió, pero le dejó un mensaje de inhibición ante los acontecimientos húngaros; en 1963 aceptó recibir a Simeón en audiencia para arengarle sobre el sindicalismo vertical..., es decir, no contaría con la aprobación de su anfitrión para sus propuestas de participación en política. En el trasfondo de esta maniobra de distracción de 1963 se hallaban los apoyos de Bulgaria a España en el seno de Naciones Unidas acerca de la descolonización de Gibraltar, así como el inicio de una etapa de tratamiento especial a los países del Telón de Acero con quienes se estaban gestionando acuerdos económicos y políticos.

Los jóvenes católicos de Pax Romana

Un grupo significativo e integrado por distintas nacionalidades era el de los jóvenes católicos procedentes de países comunistas de Europa, Asia y de la Unión Soviética. En su primera parada en el exilio habían llegado a Suecia, Francia e Italia, pero comenzaron a circular rumores sobre las oportunidades que ofrecía España, respaldada por el Vaticano, para que pudieran finalizar sus estudios y encontrar un acomodo en el marco de una Europa hostil. Su comprobado catolicismo les valió la necesaria financiación para el viaje, siendo así que numerosos jóvenes se animaron a aceptar la invitación que se les brindaba.

El apoyo de la organización católica Pax Romana, la *Internacional Católica*¹⁵, junto a la iniciativa de Joaquín Ruiz-Giménez, dio como resultado la puesta en marcha del *Comité Español de Asistencia a Universitarios Europeos*, desde el cual nacería, en octubre de 1946, la *Obra Católica de Asistencia Universitaria (OCAU)*. La unión de los ministerios de Asuntos Exteriores y de Educación Nacional dio como resultado el decreto conjunto de 6 de diciembre de 1946 por el que se

¹⁴ PÉREZ MAURA, R.: *Un rey posible. Simeón de Bulgaria*, Madrid, Belacqua, 2002.

¹⁵ SÁNCHEZ RECIO, G. (coord.): *La Internacional Católica. Pax Romana en la política europea de posguerra*, Madrid, Biblioteca Nueva y Universidad de Alicante, 2005.

fundaba el Colegio Mayor Santiago Apóstol para universitarios extranjeros en la Universidad de Madrid¹⁶. El propósito era el de dar cobijo a estudiantes que hubieran interrumpido su educación a causa de la guerra y de la posterior implantación de gobiernos comunistas en sus respectivos lugares de origen. El gobierno español se ofrecía al catolicismo internacional para reconducir la situación y canalizar este gran potencial social hacia la formación universitaria y, porqué no, hacia el liderazgo político anticomunista.

El 20 de diciembre de 1946 llegaba un grupo de veinte polacos, a quienes se les fueron sumando otros hasta formar un número aproximado de 800 jóvenes procedentes de dieciséis naciones, que sobrevivían con una pequeña financiación mensual para gastos diarios pagada por el Estado español, junto a los ingresos procedentes de trabajos esporádicos que ellos realizaban¹⁷.

Los representantes oficiosos de sus respectivas naciones con presencia en España tutelaban y controlaban sus actividades, teniendo en cuenta que, desde su punto de vista, se trataba de jóvenes a los que había que formar para el momento de la esperada caída del comunismo. Los estudiantes, sin embargo, tenían otras metas más personales y menos idealistas, entre otras, las de adquirir un título universitario para incorporarse al mercado laboral. Mientras que este momento llegara, el Colegio Mayor Santiago Apóstol organizaba numerosas actividades culturales de carácter político y religioso con el propósito de complementar su aprendizaje en cuestiones específicas de política internacional y valores cristianos. Cuando finalizaban sus estudios, sin embargo, la mayoría emigraba a Estados Unidos en busca de un futuro económico más prometedor que el que podía ofrecer la España de la década de los cincuenta.

Durante el tiempo que permanecieron en España, este conjunto de jóvenes y *Pax Romana* constituyeron un colectivo muy apreciado por el régimen, un instrumento o vehículo al servicio del ministerio de

¹⁶ Artículo 1.º Decreto conjunto de los ministerios de Asuntos Exteriores y de Educación Nacional, de 6 de diciembre de 1946 por el que se funda el Colegio Mayor Santiago Apóstol. Un estudio sobre los estudiantes ucranianos en JARYMOWYCZ, W.; BILYK, A., y WOLYNSKI, M.: *Breve historia de la organización estudiantil y de la colonia ucraniana en España, 1946-1996*, Madrid, Philadelphia, 1997.

¹⁷ EIROA, M.: «*Pax Romana* y los estudiantes católicos del Este Europeo. Solidaridad y perspectivas de futuro», en SÁNCHEZ RECIO, G., *La Internacional Católica...*, *op. cit.*, pp. 257-302.

Asuntos Exteriores a través del cual la administración española pudo estar presente en ciertos foros internacionales¹⁸.

La inmigración rumanos

La instalación de exiliados rumanos en ciudades españolas se enmarca en un contexto de huida intensa a partir de la instalación del comunismo entre 1945 y 1948. La nueva ola de escapados al llamado «mundo libre» occidental se encontró a otros compatriotas que habían salido con motivo de las persecuciones del régimen de Antonescu llevadas a cabo a partir de enero de 1941. El asentamiento fue muy fragmentado y las relaciones entre ellos no fueron cordiales ni lograron una cierta articulación en sus lugares de destino.

En la década que va entre 1946 y 1956 abandonaron el país miles de rumanos para dirigirse a Estados Unidos, Francia, Alemania, Italia y España. Los exiliados estaban divididos en dos facciones, una liberal y otra conservadora, y se hallaban estructurados en varios comités diseminados entre Europa y Norteamérica¹⁹. Además, existía un grupo importante, tal vez la mayoría, que no estaba encuadrado en ninguno de esos comités. Las discrepancias, no obstante, fueron más poderosas que las convergencias, a pesar del respaldo que el Departamento de Estado estadounidense estaba dispuesto a prestar con la única condición del cese de las rivalidades insuperables entre las partes. La concreción de una cierta unidad se consolidó en París, con la creación del *Comité de Asistencia de Rumanos* y la *Unión Demócrata de los Rumanos Libres*, agrupación que contaba con un *Boletín rumano de Informaciones* y una emisora de radio, cuyos delegados en Madrid fueron George Antoniadu y Aron Cotrus, ex consejero de prensa de la Embajada²⁰. En España había representantes de cada una de estas facciones, aunque la mayoría eran legionarios de la Guar-

¹⁸ SÁNCHEZ RECIO, G.: «*Pax Romana* como vehículo de las relaciones exteriores del Gobierno español», en SÁNCHEZ RECIO, G.: *La Internacional Católica...*, *op. cit.*, pp. 213-256.

¹⁹ Entre otros, el Comité Nacional Rumano de Washington, la Federación de Asociaciones de Rumanos Libres de Nueva York y los antiguos «Guardias de Hierro», seguidores de Horía Shima.

²⁰ AMAE: R.3028.68, carta del Comité de Asistencia a los Rumanos, de 8 de marzo de 1948.

dia de Hierro. Además, existía una Legación Real en Madrid, regentada por el líder legionario Dimitrescu, quien no gozaba de la simpatía de los residentes en España, aunque no tuvieron otra opción que aceptarlo si deseaban tener algún tipo de representación similar a la de otros países del Telón de Acero²¹.

En 1950 llegaban el príncipe Nicolás y su esposa, nuevos huéspedes de monarquías destronadas que se hallaban deambulando por Europa hasta encontrar un anfitrión dispuesto a darles cobijo. El príncipe traía propósitos claros de utilizar a España como base para la lucha contra el comunismo y así se lo expuso a Franco en las audiencias que mantuvo. Uno de sus objetivos era el de liquidar el poder que tenía Horía Shima, líder de la Guardia de Hierro, para conseguir el liderazgo sobre los desplazados. Sin embargo, la importante presencia de legionarios —aproximadamente el 80 por 100 sobre el total de residentes— hizo inviable este propósito del príncipe, poco arropado por sus compatriotas y el gobierno español. Nicolás se equivocaba al depositar sus esperanzas en el Caudillo, cuyo interés radicaba exclusivamente en la acogida de familias reales para demostrar su anticomunismo, pero no estaba dispuesto a emprender aventuras arriesgadas de luchas clandestinas promovidas por familias destronadas, sin poder ejecutivo en la sociedad bipolar.

Un año más tarde, en 1951, llegó a Madrid monseñor Kirk, jefe de la misión católica papal en España. Su cometido era el de organizar un «Hogar» que aglutinara a los rumanos y que, de alguna manera, los mantuviera informados y preparados para el día en que la Cortina de Acero desapareciera. El ministro español de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo, le ofreció todo tipo de facilidades, con las únicas limitaciones que las económicas, aunque éste era un tema menor, ya que Kirk administraba cuantiosos fondos donados por la jerarquía católica norteamericana. De este modo, se dio acogida a unas 400 personas, a pesar de los temores mostrados por Martín Artajo acerca de las dificultades propias de su asentamiento y las posibilidades de que entre ellos hubiera infiltrados y agentes dóciles de los comunistas.

Los rumanos desarrollaron una gran actividad cultural gracias a la presencia de personas de alto nivel formativo como Aurel Rauta, fun-

²¹ AMAE: R.3028.68 y R.4435.60, nota informe muy confidencial para S. E. de 22 de marzo de 1950.

dador de la *Asociación Hispano-Rumana*²², o el ya mencionado Aron Cotrus. Este periodo destaca por una importante producción periodística e intelectual, fruto especialmente de la actividad del exilio legionario, entre la que sobresale *Libertatea* —La libertad—, editada en Madrid, cuyo periodo de máxima actividad tiene lugar en 1952-1953, o la revista *Carpatii* —Los Cárpatos— de contenidos culturales. Esta producción estaba en consonancia con la desarrollada por otros exiliados en Alemania, Italia, Francia, Gran Bretaña y algunas ciudades norteamericanas²³. Es el concepto de la «resistencia a través de la cultura», es decir, la idea de que lo único que se podía hacer era mantenerse fuerte y crítico en el «simbólico monasterio del espíritu»²⁴, como una forma de expresión de la oposición. Paradójicamente esta actitud fue tomada por la Securitate como una estrategia que podía servir a sus intereses. En muchos casos la «resistencia a través de la cultura» brindaba al régimen comunista la oportunidad de atraer a intelectuales con el regalo de ofrecerles una vida profesional normal y, desde luego, la posibilidad de viajar a Occidente. De esta manera, «Europa», es decir, una visita a París o Roma, empezó a ser el objeto de una perversa negociación entre el régimen y muchos intelectuales, convirtiéndose así en una forma de cooptación y no de resistencia²⁵.

Otra estrategia del gobierno de Ceausescu fue la de conceder pasaportes a teóricos disidentes para que se infiltraran en Occidente y desprestigiaran a los exiliados con su comportamiento²⁶. Se trataba

²² Autor de la primera gramática rumana para españoles, fechada en 1948.

²³ KIND, F.: An «Other Europe» through Literature: Recreating a European literary “Kontinent” through the Helsinki Final Act», en FARALDO, J. M.; GULIŃSKA-JURGIEL, P., y DOMNITZ, Ch. (eds.): *Europa im Ostblock. Vorstellungen und Diskurse (1945-1991)/Europe in the Eastern Bloc. Imaginations and Discourses*, Böhlau, Köln-Wien, 2007; RICHMOND, Y.: *Cultural Exchange and the Cold War. Raising the Iron Curtain*, Pensilvania, 2003.

²⁴ PETRESCU, C.: «Eastern Europe, Central Europe or Europe? A comparative analysis of Central European Dissent and Romanian «resistance through culture», en FARALDO, J. M., et al. (eds.): *Europa im Ostblock...*, op. cit.

²⁵ Parece que este fue el caso de George Uscatescu, humanista, profesor en las Universidades de Barcelona y Complutense de Madrid, presidente de la Sociedad Ibero-Americana, Premio Nacional de Literatura Menéndez Pelayo en 1970. PETRESCU, D.: «Conflicting Perceptions of (Western) Europe: The Case of Ceausescu’s Romania, 1971-1989», en FARALDO, J. M., et al. (eds.): *Europa im Ostblock...*, op. cit.

²⁶ ALMOND, M.: *Decline without fall: Romania under Ceausescu*, Londres, Instituto de Estudios Estratégicos y de la Defensa de Europa, 1988.

de un grupo, cuyo número en España se cifra en unos cuarenta miembros, procesado por delitos contra la propiedad, delincuentes y asesinos recién salidos de la cárcel y puestos en la frontera para comprometer a las organizaciones rumanas instaladas en el extranjero²⁷. El fallo, para el dispositivo rumano que lo organizó, fue la «estética» que ostentaban estos falsos emigrantes, puesto que venían acompañados de sus enseres, dinero y familia, complementos inauditos para aquellos exiliados que salieron sin ningún tipo de pertenencia. En este sentido, pronto fueron detectados como infiltrados de la *Securitate* rumana, dispuestos a proveer de información a los servicios secretos sobre sus ciudadanos instalados más allá de las fronteras.

En 1955, las tres instituciones que funcionaban con el consentimiento del gobierno español eran la Misión Rumana de la Santa Sede, presidida por Kirk; la Legación Real de Rumania, a cuyo frente se hallaba Dimitrescu, y la Comunidad de los Rumanos, con el padre Alejandro Mircea de presidente. Se trataba de los tres únicos organismos permitidos entre las posibilidades de asociación que brindaba el exilio rumano en el mundo, puesto que las autoridades franquistas no aprobaron la instalación de instituciones con sesgo democrático ni la presencia de dirigentes desleales a los principios fundamentales del régimen español.

Los grupos de polacos y checoslovacos

Los exiliados procedentes de Polonia y Checoslovaquia constituyen una categoría aparte de los anteriormente señalados. La instrumentalización de estos grupos por parte del Estado no fue fácil, puesto que su perfil político no era tan radical y su carácter anticomunista no era sinónimo de pertenencia a la ultraderecha, como ocurría con algunos colectivos húngaros o rumanos.

Los checoslovacos y polacos residentes en España conformaban una reducida colonia que, poco a poco, fue estableciéndose con negocios y en el mercado laboral de las profesiones liberales. Ambos grupos sobrevivían en la España de posguerra supeditados a los problemas políticos de las divisiones de sus respectivos gobiernos exiliados:

²⁷ MARCU, S.: «La actividad de los desplazados políticos rumanos en el exilio», *Lamusa digital*, 6.

checos y eslovacos, por un lado, en disputa por la reunificación de ambas naciones en 1945; y polacos, por otro, atentos a las crisis sucesivas de su gobierno establecido en Londres²⁸. Muchos procedían de la red vaticana que facilitaba el asentamiento de personas perseguidas por sus actividades en la Segunda Guerra Mundial o escapadas ante la implantación del comunismo, especialmente los procedentes de Eslovaquia, grupo más numeroso que los naturales de la República Checa²⁹.

Los polacos, de escaso número hasta 1955, respondían a un perfil social de clase media alta y nobleza, y estaban polarizados en torno a sacerdotes de distintas parroquias, quienes ejercían sobre ellos mayor influencia que los representantes oficiales, Marian Szumlakowski y Josef Potocki³⁰. En tiempos de la Segunda Guerra Mundial habían formado parte de los grupos más numerosos retenidos en el campo de concentración de Miranda de Ebro, pero posteriormente su presencia en España fue muy reducida, apenas perceptible entre los círculos de emigrados de la ultraderecha.

El gobierno español pudo aprovechar poco las posibilidades que ofrecían estos residentes, de tendencias conservadoras pero alejadas de radicalismos ideológicos. En contadas ocasiones fueron requeridos para realizar alguna mediación o alguna tarea de diplomacia paralela a la oficial en beneficio del régimen. El conde Josef Potocki fue, tal vez, la excepción, en cuanto que se le pidió que terciara ante la Administración Kennedy, cuyo presidente se mostraba poco satisfecho con los

²⁸ AMAE: R. 4438.35. Conflicto constitucional en la emigración polaca de 16 de noviembre de 1954. SWORD, K.; DAVIES, N., y CIECHANOWSKI, J.: *The formation of the polish community in Great Britain, 1939-1950*, Londres, School of Slavonic and East European Studies, University of London, 1989. STOKLOSA, K.: «Rowmund Pildsuski. The Polish immigrant in Britain», en CHANDLER, A.; STOKLOSA, K., y VINZENT, J. (eds.): *Exile and patronage. Cross-cultural negotiations beyond the Third Reich*, Berlín, Lit Verlag, 2006, pp. 179-188.

²⁹ ABRAMS, B. F.: *The struggle for the soul of a nation: Czech Culture and the rise of communism*, Oxford-Lanham, 2004. SZÁRAZ, P.: «España en los cálculos del gobierno eslovaco clerofascista y de su emigración en los primeros años de posguerra», *Lamusa digital*, 6.

³⁰ En la actualidad, los emigrantes polacos también están bastante unidos en torno a las parroquias. Al respecto, RODRÍGUEZ, V.: «Los polacos en España: de refugiados a inmigrantes», *Estudios Geográficos*, t. LVI, 220 (1995), pp. 521-546. Asimismo, AGUILERA, M.ª J., y GONZÁLEZ, M.ª P.: «Los países del Este, nuevo foco de emigración de la Europa actual. Su incidencia en España», *Estudios Geográficos*, t. LXI, 239 (2000), pp. 257-282.

Pactos firmados en 1953 y manifestaba muchas reticencias hacia la renovación de los mismos. Potocki se desplazó a Washington donde departió en la Casa Blanca con el matrimonio Kennedy, en un encuentro en el que el Conde expuso las aceptables condiciones de vida en la España de Franco y la satisfactoria política que su Jefe de Estado venía ejerciendo contra el comunismo. El gobierno se lo agradeció y desechó las sospechas que rodeaban al ministro polaco relativas a su pertenencia a los servicios secretos británicos.

En suma, un panorama multinacional muy complejo, representativo de la variopinta sociedad de posguerra que vino a establecerse en la no menos complicada España franquista. Anfitriones y huéspedes buscaban beneficios a corto plazo en un contexto político internacional cambiante, en el que era importante encontrar sustentos firmes para lograr la supervivencia en el inquietante mundo bipolar. El gobierno aprovechó su estancia para expresar la tolerancia hacia otras nacionalidades ajenas a su cultura y tradición, aunque lo cierto es que la procedencia geográfica nunca fue un problema para las autoridades españolas, sino la ideología democrática de sus portadores.

La proyección de la política nacional en la dimensión exterior del Estado franquista

La política internacional, a partir de 1945, quedó proyectada hacia el mundo árabe e iberoamericano, y con la evolución de los acontecimientos de la Guerra Fría se encontró con una coyuntura favorable para ampliar su radio de acción hacia Estados Unidos e incluso realizar tentativas de integración en Europa Occidental. Esta perspectiva de la dimensión exterior del Estado estuvo imbricada por dos líneas transversales de suma relevancia: el catolicismo y el anticomunismo, aclaratorias del éxito del régimen en su camino hacia la aceptación internacional. Ambos conceptos formaban parte, asimismo, de los principios fundacionales, si bien el anticomunismo fue desarrollado y explotado con intensidad en años posteriores como consecuencia de los beneficios políticos que este posicionamiento rentaba a corto plazo en el contexto de la Guerra Fría. Así se plasmó en los Pactos con Estados Unidos en 1953 y el alineamiento con un conjunto de países unidos a esta superpotencia a través de los distintos enlaces que diseñó a largo del planeta a través de instituciones como la OTAN, la Orga-

nización del Tratado del Sureste Asiático (SEATO), la Organización del Tratado Central (CENTO) o la Línea Radford, que entrelazaba a Japón, Filipinas, Tailandia, Irak, Turquía y continuaba por el Mediterráneo hasta culminar en España. La política nacional se hallaba intrínsecamente conectada con la internacional y, en consonancia con la primera, las autoridades franquistas diseñaban las actuaciones a realizar en la administración exterior del Estado.

El anticomunismo fue expresado a través de distintas medidas entre las que destacaremos, en primer lugar, la autorización, a partir de 1949, para la apertura y la realización de actividades de legaciones oficiosas representativas de los antiguos gobiernos de Europa Central y Oriental con ministros plenipotenciarios a su cargo. Estas legaciones tenían funciones consulares y de relaciones públicas y se ocupaban de dinamizar la actividad política anticomunista dentro y fuera de las fronteras españolas. Los responsables eran, en su mayoría, antiguos embajadores acreditados en España antes de la ruptura de las relaciones diplomáticas, aceptados por Franco para que continuaran con sus ocupaciones anteriores siempre que potenciaran el perfil anticomunista y católico. Estas oficinas constituyen un caso singular por sus características jurídicas, económicas y políticas, puesto que en teoría no podían existir, pero en la práctica actuaban como las delegaciones de ejecutivos exiliados con los que se mantenía relaciones diplomáticas oficiales. No obstante, no reunían a la totalidad de los residentes debido a las dificultades para aunar los distintos intereses derivados de su heterogeneidad ideológica y a la desconfianza que suscitaban sus «ministros», en ocasiones de pasado pro-nazi o colaboracionista³¹. La permisividad con la que actuaban era ciertamente peculiar, exenta de censura y con una amplia libertad de movimientos, muestra de la confianza del gobierno en sus responsables y de la lealtad que guardaban aquéllos hacia las autoridades que le habían ofrecido alojamiento seguro.

En 1949, se había fundado en Nueva York el *National Comitee for a Free Europe*, cuya misión era liberar a Europa de la dominación

³¹ La actividad, entre otros, del representante húngaro, Ferenc Marossy, es bastante conocida. Véase el interesante estudio de ANDERLE, Á. (ed.): *A Marossy-iratok. Magyar királyi követség Madridban 1948-1957*, (Los despachos de Marossy. Legación Real de Hungría, 1948-1957), Szeged, Hungría, 2002. Asimismo, ZOLTÁN, A. R.: «Königlich-Ungarische Gesandtschaft, Madrid, 1949-1969. Ferenc von Marossy's Aufzeichnungen», *Ungarn-Jahrbuch*, 20 (1993).

soviética. En consecuencia con esta decisión, también se constituyó en Madrid un *Comité de las Naciones Oprimidas por el Comunismo*, formado por los representantes oficiosos de Hungría, Eslovaquia, Croacia, Bulgaria, Polonia, Rumania y República Checa. Coinciden estas fechas con el bloqueo de Berlín de 1948-1949, la explosión de la primera bomba atómica, el nacimiento de los dos Estados alemanes, la creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, la victoria de Mao Zedong en China y el inicio de la guerra de Corea, marco internacional que deja entrever la prevención hacia el bloque comunista y el establecimiento de organismos de contención y defensivos del bloque capitalista.

La segunda medida que adoptó el régimen para demostrar su anticomunismo fue la recepción de refugiados políticos de distinto perfil socioeconómico, cuyo denominador común era el anticomunismo. Como hemos señalado, podían pertenecer a la nobleza o a la clase social media y media alta, aunque, sin lugar a dudas, la más llamativa y de mayores beneficios políticos a corto y medio plazo fue la acogida de miembros de la realeza. Desde 1949-1950 España se había convertido en el lugar de reunión de todos los reyes sin trono y Franco en la única persona del mundo que podía permitirse el lujo de invitar a comer a un rey con su séquito, a un emperador con su esposa o a un zar. El abanico de la representación anticomunista incluía un amplio colectivo de figuras entre las que se encontraba el príncipe Luis Fernando que podría ser rey de Alemania, la familia Hohenzollern, la realeza rusa, el rey Leka de Albania, miembros de la familia Habsburgo-Lorena y un largo etcétera. Algunos estaban envueltos en tareas poco transparentes, negocios escasamente lícitos que en ocasiones provocaron quebraderos de cabeza al gobierno. Muchos de ellos no acertaban a entender los motivos de la hospitalidad, suscitada, entre otros factores, por los deseos de atraerse las simpatías de la alta aristocracia europea, la voluntad de demostrar su tolerancia hacia posturas políticas conservadoras para maquillar su régimen monolítico o la utilización de esta élite social como vehículo de propaganda pro franquista. Podemos considerar que este entramado de acogida de refugiados anticomunistas y católicos constituía una parte importante de la proyección exterior del régimen franquista en cuanto a que se instrumentalizó para demostrar que la España de Franco no era enemiga de las democracias sino del comunismo. Ésta fue una estrategia bien calculada para

acometer el acercamiento a Estados Unidos, el Vaticano y los Estados europeos.

Una tercera medida demostrativa del anticomunismo fue la puesta en marcha de medios de comunicación, atendiendo a las sugerencias de los representantes oficiosos. El gobierno conocía muy bien las ventajas de la propaganda y del control de la información y, en consecuencia, dispuso la utilización del mundo mediático, principalmente el radiofónico, considerado de mayor eficacia que la prensa escrita, gracias a las posibilidades de largo alcance que ofrecen sus ondas. En este contexto, autorizó la puesta en marcha, a partir de 1949, de emisoras en lenguas extranjeras en la redacción de Radio Nacional de España, a cuyo frente se hallaban los representantes oficiosos de las legaciones, con objetivos similares a los de *Radio Free Europe* —fundada por el Congreso de los Estados Unidos y el *National Comitee for a Free Europe* en 1949— o *Radio Liberty* —denominada primero Radio Liberación y constituida a iniciativa del *American Comitee for the liberation of the peoples of Russia*—. Las emisiones, de aproximadamente quince minutos diarios, consistían en un programa con noticias de actualidad internacional, radiadas con un claro sesgo anticomunista. Gozaban de absoluta autonomía y libertad, con criterios consecuentes con la ideología de los informantes, es decir, prevalecía el anticomunismo, el catolicismo y la propaganda pro franquista sobre cualquier otro tipo de información.

La Comisión de Europa Central y Oriental del Movimiento Europeo pensaba que las emisiones de *Radio Free Europe*, la BBC, la radio francesa y RNE eran escuchadas por decenas, incluso cientos de miles de personas de los países comunistas. El régimen polaco admitió en 1957 que las emisoras extranjeras tenían cierta influencia en la opinión pública, y ciertamente *Radio Madrid*, como se conocía a los programas en polaco de RNE, era bastante oída³².

De telón de fondo se hallaba la llamada «Prensa del Movimiento» y la contribución de la prensa no estatal, especialmente los periódicos *ABC* y *Ya*, en cuyas páginas escribían algunos periodistas de procedencia centro-oriental que avalaban con sus noticias los horrores del comunismo frente a la inmejorable situación de la España franquis-

³² LANE, T., y LANE, T.: «East European exiles and their interpretation of the meaning of Europe», en FARALDO, J. M., et al. (eds.) *Europa im Ostblock...*, op. cit.

ta³³. Además, los refugiados contaban con sus propios medios de comunicación, como el *Boletín de las Naciones Oprimidas por el Comunismo*, el *Anuario del Oriente Europeo*, *Polonia. Revista Ilustrada* y distintos semanarios que circulaban entre las colonias extranjeras en España. Especialmente prolíficos fueron los rumanos y los polacos, siguiendo las mismas pautas que los exiliados residentes en Europa Occidental y Estados Unidos.

En la década de 1960, no obstante, la situación internacional era muy distinta a la de 1945. El léxico político utilizaba poco los términos antitéticos, mientras que proliferaban los sinónimos de la distensión y la coexistencia. Franco secundó este nuevo discurso, vinculado a una reducción de la presión contra el bloque comunista, y emprendió un rumbo hacia la aproximación, para sorpresa de todos. El acercamiento al Este tuvo un punto de inflexión definitivo en la parada técnica que realizó el ministro Gregorio López Bravo en el aeropuerto de Moscú en diciembre de 1969, al que acudió el viceministro soviético de Comercio Exterior, Antoni Kovalev, inicio del camino que conduciría a la definitiva recuperación de las relaciones con el Telón de Acero y la Unión Soviética. A partir de aquellos momentos se procedió a realizar avances entre las partes, como la apertura de una delegación permanente de la marina mercante soviética en España, el apoyo a la participación española en la Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa, las conversaciones entre los ministros de exteriores respectivos en la sede de Naciones Unidas o los intercambios culturales y deportivos de gran eco en los medios de comunicación y en la sociedad. Estas iniciativas se enmarcan en un contexto de consecución de nuevos mercados para los productos españoles y en la intención de López Bravo de hacer valer el papel que España podía desempeñar en la praxis de la política de distensión entre los dos bloques. Para ello contaba con la herencia de las columnas vertebrales de la política exterior —mundo árabe e Iberoamérica— añadido ahora a la adhesión a la *Ostpolitik* iniciada por el canciller alemán Willy Brandt. Una vez sorteadas las reservas de los sectores oficiales del régimen, puso en marcha desde 1969 el resta-

³³ Entre otros, hemos de subrayar las colaboraciones de Otto de Habsburgo en *ABC* o los trabajos de Andor Révész en el mismo periódico y en otros. Un estudio sobre este escritor-periodista en Szabó, E.: *Andrés Révész, el escritor*, tesina de diploma inédita, Universidad de Szeged (Hungría), 2004.

blecimiento de relaciones consulares con Hungría, Bulgaria, Checoslovaquia, se obtuvo el reconocimiento diplomático de China y la República Democrática Alemana y algún tiempo después se firmaron Arreglos de Pagos y Acuerdos Comerciales con Polonia, la Unión Soviética, Yugoslavia, Rumania y el resto de los países del Telón de Acero³⁴. Con estas actuaciones, se cubrían carencias económicas —apertura de nuevos mercados para contrarrestar los efectos de la nueva CEE— y también diplomáticas —España no quedó al margen de la problemática norteafricana ni de la Conferencia de Seguridad Europea—.

El establecimiento oficial de relaciones consulares entre España y los países del Telón de Acero no agradó a los refugiados que llevaban años en España esperando una acción contundente contra los gobiernos que les habían expulsado de sus respectivas naciones. Tampoco agradó a buena parte de los falangistas y militares, el bunker español, de actitud muy beligerante contra el comunismo. En 1969 se cerraron las puertas de las legaciones oficiosas y cesaron las retransmisiones radiofónicas de RNE, decisiones adoptadas en consonancia con la nueva política de aproximación al Este europeo que dejaron muy sorprendidos a los residentes centro-orientales. Una vez más, el franquismo, guiado por el pragmatismo, supo sortear las diferencias y se dirigió hacia donde su urgencia política y económica le conducía: la distensión y la coexistencia pacífica, auspiciada previamente por los presidentes estadounidense y soviético. La proyección hacia los países comunistas manifestaba un sentido altamente oportunista: cuando el mal tiempo arreciaba, el gobierno estaba dispuesto a ceder el tono radical de su anticomunismo para lograr alianzas con su antiguo enemigo; no en vano, las pretensiones de continuar en el poder conducían a este tipo de paradojas nunca vislumbradas pocos años atrás.

La Conferencia de Helsinki sirvió como colofón a esta política, de la que fue partícipe el presidente Carlos Arias Navarro, protagonista de una de las sesiones en la que por primera vez se dirigía a una asamblea europea un jefe de gobierno español. En su discurso sintetizaba las líneas de la política exterior que con el «espíritu doce de febrero»

³⁴ HARSÁNYI, I.: «Episodios poco conocidos del proceso de restablecimiento de las relaciones interestatales de España y Hungría», en FISCHER, F., *et al.*: *Iberoamericana Quinqueeclesiensis*, 4, II, Pécs, Universidad de Pécs-Centro Iberoamericano, 2006. LOBEJÓN HERRERO, L.: *España en el comercio Este-Oeste, 1961-1991*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1999.

quería iniciar, en la que se incluía a los Estados socialistas³⁵. Los contactos breves que tuvieron lugar durante esos días con personajes como Valéry Giscard D'Estaing, Gerald Ford, Aldo Moro o Gustav Husak prometían una nueva fase para la integración española plena. Sin embargo, los acontecimientos de la primavera y el otoño de 1975, entre los que destacan el enfrentamiento con la jerarquía eclesiástica, las movilizaciones de la oposición, el conflicto con el Sahara, el recrudecimiento del terrorismo y de la represión, provocaron la caída de la credibilidad del «espíritu del doce de febrero» y del régimen al completo, embargado, además, con la crisis de salud de su mentor que acabó con su vida en el mes de noviembre.

³⁵ TUSELL, J., y QUEIPO DE LLANO, G.: *Tiempo de incertidumbre. Carlos Arias Navarro, entre el franquismo y la transición (1973-1976)*, Barcelona, Crítica, 2003; SOTO CARMONA, A.: *¿Atado y bien atado? Institucionalización y crisis del franquismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.